EL AMANECER DE UNA NOCHE ESPANTOSA. HE ESTADO TRABAJANDO COMO UN PERRO

(De una canción de moda)

POR

JORGE SILVIO HONIK

Voy a relatar en breves palabras los sucesos del domingo por la noche. Volvimos del cine con mamá y con mi hermano Ricardo a eso de las doce y media. Vimos una porquería de la que sólo me quedó una vaga imagen de Kim Novak, que está gorda como una vaca. A la salida fuimos a cenar a una pizzería y después nos tomamos un taxi, lujo de los fines de semana, y nos vinimos a casa. Nuestra casa es la número 137 de un barrio modelo que construyeron hace algunos años para absorber la gente que venía del campo a la ciudad y que es muchísima. Mi opinión personal es que ni un barrio ni cincuenta barrios modelos van a resolver el problema. Nosotros vivimos sobre una calle flanqueada por grandes paraísos, y de noche, debido a la escasez de luz, dos faroles por cuadra, la calle tiene un aire como de túnel. Al fondo se pierde en un agujero negro que marca el punto donde comienza el quemadero y desde que hace dos años sucedió lo de Elsita (una niña que vivía en la número 114, unos linyeras la atacaron cuando volvía a la noche de un baile, se la llevaron al quemadero, y al día siguiente encontraron su cadáver muy maltratado y golpeado) en las horas de oscuridad nadie anda fuera más de lo necesario ni solo.

Cuando llegamos lo primero que notamos al abrir la puerta fue un olor raro, yo estiré la mano hacia la llave de la luz y la encendí. El zaguán estaba vacío y la luz de la lamparita remarcaba miserablemente las sombras de los rincones y las cicatrices de los zócalos. Al principio no comprendimos qué había de anormal aunque algo seguramente había. Luego caímos de improviso en la cuenta que habían desaparecido las repisitas del zaguán y las figuritas de porcelana dorada que las adornaban. Pero eso era lo de menos y una certidumbre horrible cayó sobre nosotros como un nido de avispas: en nuestra ausencia habían entrado ladrones. Habían saqueado la casa. Fuimos de cuarto en cuarto encendiendo cada vez más luces hasta que todas las habitaciones quedaron iluminadas. Las luces sólo sirvieron para llenarnos

a nosotros de sombras. Hasta las luces se permiten sarcasmos en esta casa. Los muebles y las alfombras nos sacan la lengua desde los rincones porque sienten que somos sus propiedades más que ellos las nuestras. Mamá los colecciona a uno por uno con una diligencia que a veces nos fastidia pero que otras veces nos hace adorarla, que es cuando vamos y nos sentamos en su cama para hablar o para escuchar a su lado *Tardes de ópera,* de dos a tres en Radio Excelsior. De algún modo somos felices, a los tres nos fanatiza la pizza y las masitas de panadería, mamá no sabe hacer un huevo frito y eso nos alienta a seguir viviendo a pesar del recelo con que nos miran en el barrio y ahora, justamente, viene a desaparecer nuestra casa, a esfumarse todos nuestros muebles, porque no habían dejado nada, ni muebles, ni alfombras, ni cuadros. El presagio del zaguán se fue cumpliendo fríamente en cada cuarto, en cada minúsculo rincón. Cuando hubimos recorrido toda la casa volvimos al *living.* Allí mamá cayó de rodillas al suelo y levantó los brazos sobre su cabeza como si le estuviera pidiendo alguna cosa a algo que debía estar fijo en el cielo raso, porque ninguno de los tres creemos seriamente en Dios, lo que la hizo advertir, con un grito de espanto, que se habían llevado también las arañas, dejando sólo las lamparitas que brillaban desde el extremo de los cables desnudos. Finalmente se puso a llorar a gritos y Ricardo y yo nos preguntamos si convendría llamar a la policía. Pero mamá no quería ni oír hablar de la policía. Imprevistamente empezó a gritar que toda la policía era una farsa y una mierda, empezando por el jefe de policía y terminando por el vigilante de la esquina. Nos quedamos callados y sin saber qué decirle. Un minuto después decidimos sentarnos en el suelo a su lado y nos pusimos a hacerle caricias en la cabeza y le pedimos que no se hiciera malasangre, que no todo estaba perdido y que los ladrones no podían andar demasiado lejos.

«Qué no van a andar lejos» dijo mamá, llorando inconsolablemente. «Esos muebles no los volvemos a ver en la vida.»

«Mi guitarra», dijo Ricardo suspirando.

☆

Nos fuimos a la cocina, que nos parecía menos desierta que las otras habitaciones. Mientras yo me ponía a preparar té para los tres, mamá se puso a hacer la cuenta de las cosas desaparecidas. Nosotros la ayudábamos, con los ojos fijos en el pico de la tetera de donde salían nubecillas de vapor. Para empezar estaba la mesa de roble inglés, el mantel de hilo, el juego de sillas, el trinchante con el juego de cu-

biertos de plata, el aparador (1). Una angustia cada vez mayor venía arrastrándose hacia nosotros con cada cosa enumerada. Hacíamos esfuerzos por recordar nuevos objetos cuando lo lógico hubiera sido tratar de olvidarlos y así poder salvar al menos una parte de ellos. Estábamos de pie y tiritando. Hubiéramos deseado por lo menos tener las camas para acostarnos y pensar nuestra desventura desde la tibieza de los colchones. Pero nos habían sacado también los colchones. Colchones, elásticos, todo. El suelo de los dormitorios mostraba al desnudo las baldosas grises y en los dos cuartos había un olor como de morgue. Nos preguntamos qué actitud tomar. Mirábamos alrededor y alrededor sin llegar a creer completamente que la casa hubiera podido ser despojada hasta de su última flor y de su última fotografía.

Cuando el té estuvo listo nos fuimos al *living* y nos sentamos en círculo en el suelo. Yo traje la tetera conmigo. «Si por lo menos se hubieran olvidado el tarro de galletitas», dijo Ricardo agachándose para agarrar su taza que estaba llena de té humeante. Yo saqué mi pañuelo y se lo di a mamá. Mamá se sonó la nariz y nos dijo que confidencialmente estaba tan triste que no nos podía explicar con las palabras que se usan todos los días. «Hay veces en que callarse es la mejor explicación», agregó dramáticamente. Pero fuera de eso, y aunque lo que nos iba a decir nos pareciera fuera de lugar, en la película que habíamos visto la Novak estaba hecha verdaderamente una vaca y no entendía qué es lo que podían verle los hombres (2). «Todo, todo», murmuró después mirando a su alrededor, y comenzó a tomar el té de a sorbitos y mientras repetía esta palabra, «todo»; se puso a menear la cabeza de tal manera, con la taza en los labios, que el té se le derramó sobre la falda y Ricardo tuvo que ir a buscar un repasador a la cocina, de donde volvió lívido diciendo que los repasadores, etcétera.

«Habría que preguntar a los vecinos si oyeron o vieron a alguien», dije yo, pensando que ahí sentados no íbamos a arreglar nada. «¿Vecinos?», me preguntó mamá casi con desprecio. «Decí mejor hijos de Judas.» Ricardo y yo lanzamos una débil carcajada que se esfumó en un instante. Mamá se sirvió otro té y en el silencio que siguió nos pusimos a mirar con angustia las paredes desnudas de las que habían descolgado hasta los apliques, hasta los carteles de bienaventuranza: un «Todo hogar es un mundo» que había en el comedor, un «La casa es

(1) Amén de tantas otras cosas: los juegos de copas y los de té, las camas, las mesas de luz, los veladores, los estantes de libros, la alfombra del *living*, la del comedor, el cuadro que nos regaló Carlos, los juegos de toallas, el calentador Primus, el ropero, toda la ropa, la guitarra de Ricardo, la radio a transistores, la victrola, el espejo redondo del dormitorio, etc., etc.

(2) Recuerdo que le contesté «Los tétalos», acordándome de haber leído esa palabra en los apuntes manuscritos del señor Albino Gómez, apuntes que se intitulan «Diegomundo».

pequeña pero el corazón es grande» que servía de fosforero en la cocina. Otro que yo había grabado en madera con un clavo al rojo y que decía: «Una lástima. Nadie está con nosotros». Se habían llevado todo, hasta cosas nimias como ésas, como si con este despojamiento nos invitaran a empezar a vivir otra vez, y lo peor, a empezar a vivir una vida de cuanto mucho cuatro sillas de mimbre y un florerito porque el boliche no da para más que eso (y a mamá le gustan tanto las flores. Teníamos sobre el trinchante, ahí nomás, a la izquierda, un gran florero de vidrio violeta lleno de azucenas, rosas, claveles, jazmines, unas imitaciones perfectas que tío Boris trajo del Uruguay). La una de la mañana era silenciosa como lo es siempre esta hora en este barrio. En realidad, casi todo el silencio que invade este lugar de noche, viene del quemadero, como vienen a veces oleadas de niebla o moscas. Hacía un frío casi lúgubre. En la media hora que siguió estuvimos tomando té prácticamente sin parar, tanto que hacia el final yo sentía el estómago como si fuera una bolsa de agua caliente. Pero tenía los miembros acalambrados y un frío de novela y tuve que ponerme el sobretodo. Al cabo de casi diez vasos de té los ojos se me empezaron a pegar de sueño. Sentía el pelo húmedo y leves náuseas. «No tiene sentido seguir así toda la noche. Yo me voy a apolillar», dije, y me enrollé en el suelo, sintiendo como si la vida se frunciera alrededor mío y me llegó de lejos la voz de mamá diciendo algo de esta noche, esta noche. Entonces supongo que me dormí. Así pasó casi una hora.

Al cabo de la misma me incorporé sobre las dos manos y los vi a mamá y a Ricardo durmiendo, la pieza desnuda, blanca, medio entre sueños me percaté de que tampoco estaban sobre las paredes el retrato de papá ni las fotos de los abuelos. El suelo tan frío que tuve que ponerme de pie e ir a apoyarme contra la pared. Creo que en esta posición dormité todavía otro rato hasta que el ladrido de un perro, en la lejanía, me despertó del todo. Envuelto en el sobretodo como si fuera en una frazada fui al baño y oriné. Me corrían escalofríos por la espalda y de vez en cuando apretaba los dientes para entrar en calor. Volví al comedor y estuve unos minutos observando a Ricardo y a mamá que respiraban acompasadamente, como si la dureza y el frío de las baldosas no los molestara en lo más mínimo. No sabía qué hacer. No quería salir solo a la calle y tampoco podía exigirle a mi cuerpo que se volviera a acostar sobre las baldosas y más sabiendo que esta vez ni siquiera lograríamos dormir. Finalmente desperté a Ricardo, que se enderezó con un rápido movimiento y me miró sobresaltado. Le expliqué rápidamente que no estábamos soñando y que efectivamente nos habían robado los muebles, causa por la cual él se hallaba en el suelo y yo ahí parado en medio de la pieza. Con un gran ademán le

señalé la habitación desnuda de la cual había desaparecido todo rastro de muebles y todo color y olor. Luego, sin agregar otra palabra, me quedé esperando a que Ricardo se decidiera a levantarse.

Finalmente se levantó y desapareció silenciosamente en el baño. Me quedé solo con mamá, que dormía vuelta de costado, con la boca semiabierta. Mamá hablaba en sueños. No sé qué cosas balbuceaba. La casa estaba toda iluminada y a esa hora de la noche la luz era intensamente blanca. Cuando Ricardo volvió le señalé a mamá con un movimiento de cabeza.

«Decime un poco. Mirá cómo ronca la vieja» le dije.

«A ella dale té y masitas, nomás», me contestó Ricardo sombríamente. Yo la miré con lástima pensando que si no encontrábamos los muebles, tendríamos que acudir a la familia (los tíos de Paternal o los de Caballito, o los primitos de Villa Crespo o los otros, los de Villa del Parque) que nos mira siempre con un poco de asco porque andamos continuamente en dificultades.

«Los muebles» decía Ricardo señalando los cuatro rincones de la habitación, «deben haberlos cargado sobre un camión porque no creo que los hayan llevado a pulso». Sin darme siquiera tiempo a asentir me agarró de la mano y me llevó casi arrastrando a la calle, al borde de la vereda. Nos agachamos sobre el asfalto para descubrir las huellas del presunto camión, había manchas de aceite frescas en el pavimento y las cubiertas dejarían su impresión en el aceite. Pero las manchas estaban intactas. Hacía frío y la noche estaba casi anormalmente estrellada. Bajo la débil luz de los faroles la calle se perdía rectamente en la oscuridad del quemadero. El quemadero era como un límite. Sabíamos que estaba lleno de pantanos y de montoncitos de ceniza que humeaban día y noche. Sabíamos que había linyeras y criminales y quizá, por qué no, que ahí estaban en este momento nuestros muebles, absurdamente alineados bajo la luz de las estrellas, esperando ser llevados a quién sabe dónde. Aunque hubiera sido por un lado sensato llegarse hasta el quemadero y echar un vistazo, por las dudas, por otro lado le teníamos terror, los ladrones podrían acecharnos y tendernos una emboscada y morir en ese sitio, que nos encontraran dos o tres días más tarde flotando en un charco de agua o tirados en un cúmulo de basura, como encontraron hace dos años a Elsita, pobre ángel, primero deshonrada y después asesinada, una chica que no tenía malicia ninguna, que se pasaba las horas sentadita en el umbral de su casa, jugando al ludo o al dinenti sin jorobarlo a nadie.

Empezamos a caminar lentamente hacia el quemadero guiados vaya uno a saber por quién. Yo miraba fijamente los faroles que se movían y lanzaban chirridos, los faroles tienen forma como de sombreros con

una copa redonda de porcelana colgando por debajo. La luz llegaba diluida y trepaba por las paredes hasta una determinada altura a partir de la cual comenzaban las sombras. Más valía mirar el cielo, había muchas estrellas fugaces (nunca vi brillar la luna sobre el barrio modelo).

☆

Dos cuadras más allá nos asomamos a las ventanas de una casa en sombras aunque casi todas lo estaban Pero ésta nos llamó la atención por alguna razón. Saltamos la verja del jardín y nos acercamos a la ventana más grande que tenía los postigos entornados y que reflejaba una luz que debía venir de los fondos de la casa. Abrimos un poco los postigos y echamos un vistazo dentro. Yo grité y Ricardo me tapó la boca con la mano. A pesar de las penumbras pudimos distinguir perfectamente a nuestros muebles, si los conoceremos, llenando de fragancia de roble el *living* y el dormitorio, graves y como si hubieran estado esperándonos.

Cuando volvíamos a casa trajimos con nosotros el trinchante, que era muy liviano, yo de atrás, Ricardo de adelante. Mamá estaba despierta y tomaba té de dos vasos a la vez y tenía toda la falda del vestido mojada. No demostró la menor sorpresa ni ante el trinchante ni cuando le hicimos un rápido relato de lo que habíamos visto. «Yo me imaginaba algo así», dijo. «Casi hubiera jurado que esos muebles no habían salido del barrio», y mientras nos empujaba con excitación dentro del *living* agregó, «Ojalá todos los ladrones fuesen así de estúpidos.» Había estado calentando más té, así que nos sentamos en el suelo, nos servimos té en los vasos y bebimos durante un largo instante sin hablar. «Posiblemente», dijo Ricardo cuando hubo terminado su vaso, «usaron esa casa como sitio de depósito para después llevárselos a alguna otra parte y venderlos. Pero no contaron con que nosotros los buscaríamos». «Ricardo y yo hubiéramos jurado» le expliqué a mamá sirviéndome otro vaso de té, «que los ladrones se habían llevado los muebles al quemadero». «No quiero ni oír hablar de ese quemadero», dijo mamá. «Por qué venir a ponerlo justo al lado de un barrio modelo.»

Ricardo opinó que lo de barrio modelo y lo de quemadero eran sólo nombres y que si uno se ponía a considerar un poco las cosas ni el barrio tenía una sola cosa de modelo ni el quemadero nada de quemadero. Agregó que él creía que entre ambos había una relación simbiótica y que esa simbiosis les servía de disfraz. «Pero nuestras estrellas», dijo para terminar levantando el índice hacia el cielo raso, «son

las mismas». Mamá lo miró sin decir palabra. Jamás entendía la mayor parte de las frases de Ricardo pero tampoco le importaba mayormente entenderlas. Según ella, una cosa era la filosofía y otra la vida. Era más sensato no mezclar cosas tan diferentes.

Ahora que sabíamos que recuperaríamos los muebles parecía como si el frío hubiera calmado un poco. Tomamos té en silencio hasta que se hicieron las dos. Empezó a soplar viento. Cuando el agua de la tetera se hubo acabado, mamá propuso que durmiéramos y que mañana por la mañana buscáramos el resto de los muebles.

«Nonsense», exclamé, haciendo uso del inglés con una vistosidad y una justeza que a mí mismo me sorprendió. Mamá me miró con sorpresa. Ricardo le explicó que hasta mañana los muebles podrían volver a desaparecer y más si los ladrones se percataban de la ausencia del trinchante.

Los tres nos incorporamos y nos alisamos los abrigos con las manos.

«Pero son las tres de la mañana» protestó aún mamá.

«Las dos», le dije, poniéndole la mano sobre el hombro y llevándola con suavidad hacia la puerta. En unos instantes estuvimos en la calle. El viento ahora movía los faroles y las sombras subían y bajaban por las paredes de las casas. El vaivén me mareaba ligeramente, me puse a mirar las estrellas.

Dejamos la puerta abierta, las luces encendidas y la tetera con el té y más agua sobre la llama de un pequeño calentador a alcohol.

☆

Sacar el aparador de aquella casa fue horrendamente difícil. Para dar una idea de lo que nos costó: mamá tiraba con todas las fuerzas pero siempre en la dirección contraria a la debida. Además temíamos que de pronto aparecieran los ladrones o alguna otra persona. No queríamos que se inmiscuyera en esto la policía ni que la cosa se hiciera pública. El aparador se arrastró como una oruga por la ventana y desbordó penosamente del otro lado. Lo llevamos arrastrando sobre el césped del jardín y en las patas quedaron adheridas matas de pasto y pedazos de barro húmedo. Al llegar a la calle nos sentamos a descansar pero al segundo de habernos acomodado sobre el cordón, mamá nos dijo virtualmente que ella podría descansar después y que ahora lo único que contaba era trasladar todo el mobiliario antes que volvieran los ladrones. Asentimos y nos quedamos mirándola en silencio. Mamá estuvo forcejeando durante unos buenos cinco minutos, llenando el aire de pedos y resoplidos y al final de los mismos el aparador no se

había movido más de lo que se mueve la mano derecha al trazar un paréntesis. Debo aclarar que ésta fue la tónica de todo el trayecto hasta casa. Cuando Ricardo y yo decidíamos descansar a mamá se le ocurría que había que empezar a empujar, e iniciaba una lucha sin cuartel contra el aparador a la cual asistíamos desde el cordón de la vereda sin abrir la boca. Pero era suficiente que Ricardo y yo diéramos la orden de seguir para que mamá abandonara bruscamente el mueble y fuera a sentarse al cordón, desde donde se dedicaba a observar el cielo o la calle. El aparador nos llevó unos tres cuartos de hora. Cuando lo tuvimos dentro del *living* mamá nos dijo que ella se quedaría un rato a descansar y nos pidió que fuéramos trayendo las cosas livianas hasta que ella volviera para ayudarnos.

La segunda cosa fue la mesa del comedor, que requirió todo nuestro ingenio y toda nuestra astucia. No salía ni por la puerta ni por la ventana. Por más que la dábamos vuelta, la poníamos vertical, horizontal, oblicua, patas arriba, por más que la hacíamos girar de las maneras más diversas y le hacíamos describir los más caprichosos ángulos, la mesa no salía. La ventana y la puerta eran demasiado estrechas, era un hecho. Finalmente, cuando ya desesperábamos de conseguir sacarla de allí, a mí se me ocurrió quitar los postigos de las ventanas. Tuve que ir a buscar un cuchillo a casa y con indescriptible esfuerzo logramos desmontar completamente los postigos, luego de lo cual la mesa pasó sin gran dificultad. El trabajo nos llevó otra media hora. Eran las tres de la mañana y de la casa no habíamos sacado más que el aparador, el trinchante y la mesa del comedor. Había por lo menos veinte muebles más que trasladar. Las restantes dos horas fueron un desfile constante de objetos desde la casa en cuestión hasta nuestra casa. Mamá se encargaba de las cosas pequeñas y nosotros íbamos trayendo los muebles más pesados. Nos cruzábamos una y otra vez, sonriéndonos y alentándonos, llenas las manos de cajones, de libros, de macetas con flores. Cuando dieron las cinco se nos heló la sangre al escuchar el chirrido de una puerta de hierro al abrirse y asistimos mudos a la partida hacia su trabajo del señor canoso que vive a mitad de cuadra y que es guarda de tranvía. Pasó por la vereda de enfrente, mirándonos con los ojos muy abiertos, como si soñara. Cuando desapareció en una esquina, tras haberse llevado por delante el buzón, respiramos con alivio, pero comprendimos también que se hacía tarde y que dentro de una hora muchas otras puertas se abrirían y muchas otras personas serían espectadoras de la extraña mudanza. Habría preguntas, sería inevitable. Nos pusimos a trabajar casi con furia. Una vez, cargado de almohadones, la vi a mamá caminando como un fantasma completamente oculta bajo la gran alfombra de lana que cubre el dormitorio. Ricardo no me pa-

reció menos absurdo cuando lo vi aparecer doblado bajo el peso de los retratos de los abuelos, y sosteniendo sobre el hombro el gigantesco espejo que adorna el *toilette* de mamá. Estábamos sudorosos y hablábamos sólo lo necesario. A medida que los muebles iban llegando a casa los íbamos poniendo en su lugar habitual. Cuando volvíamos con los brazos vacíos, casi a la carrera, me dedicaba a pensar rápidamente en la cara que pondrían los ladrones cuando supieran que los muebles habían sido vueltos a robar por nosotros.

Cuando volvía de mi décimo viaje a la casa, me paré, agotado, y me dediqué a mirar el sitio donde estaba el quemadero, que se abría hacia atrás, al fondo de la calle, como si fuera fauces de alguna bestia o un gran pozo acostado de panza en el cual, con todo, uno se podía hundir en un descuido.

☆

A las seis menos cuarto, gracias a Dios, todos los muebles en casa. Preparé té y mientras tomábamos, mamá se puso a arreglar todas las cosas y a hablar confusamente de los infelices que eran esos ladrones y después vino al *living* y nos dijo que ella sospechaba quiénes podían haber sido. No extraños, puesto que un extraño no llevaría los muebles a una casa a dos cuadras de la nuestra. «Es alguien que conoce bien las casas del barrio», dijo. «Yo creo que contaba con que nosotros encontraríamos los muebles pero no le importaba. No pensaba devolvernos nada apelando a la fuerza y al hecho de que somos judíos. Resumiendo, aparte de robarnos quería insultarnos, sabiendo perfectamente que todo el vecindario lo apoyaría o se encogería de hombros. Pero se descuidó demasiado.» Se calló súbitamente y dos gruesas lágrimas le asomaron por los ojos. Yo sentí con un estremecimiento que todo lo que decía era verdad y que al mismo tiempo era una fantástica fabulación, un delirio. La mezcla de realidad y mentira me dio como terror, sentí que vivíamos en el barrio modelo pendiendo de un fino hilo, acechados y odiados por todo el mundo.

Encontré la caja de galletitas y la abrí. Tomamos litros de té porque el frío a esa hora era perfectamente horrible. Tiritábamos, con los sobretodos puestos, y el sudor que al principio era una cosa tibia que apenas si nos daba unos ligeros escalofríos, ahora se había helado y lo sentíamos agarrotándonos la cintura y la espalda. Calculé que dentro de media hora a más tardar la oscuridad comenzaría a ceder y no me causaba gracia que el día nos encontrara todavía despiertos. Decidimos no abrir la tiendita hasta por la tarde del día siguiente y si no nos daba la gana, hasta el próximo día. Mamá comenzó a preparar las

camas. Yo me sentía como al final de una borrachera, con lagañas envolviéndome el cerebro.

Se me ocurrió volver a la casa donde habíamos encontrado nuestros muebles impulsado por un sentimiento que no podría determinar con claridad, ir tan sólo para volver a hacer el camino y ver la casa que había quedado vacía, sin necesidad de volver otra vez cargado con muebles. Llámesele estupidez. Además, caminar dos cuadras de ida y dos de vuelta le daría a mamá tiempo de sobra para terminar las camas. Todo lo que quería ahora era dormir y olvidarme por completo de la maldita noche. Caminé otra vez en dirección al quemadero. El quemadero y las noches en el barrio modelo son, u otra parte de la realidad o, directamente, otra realidad. Recuerdo haber pensado esto en el mismo instante en que levanté la cabeza y vi escrito sobre una chapa blanca, al principio de la cuadra en donde estaba la casa que acabábamos de despojar, los números 150-130. Con una celeridad que nunca hubiera esperado de mí comprendí que algo andaba mal. Casi corriendo hice la media cuadra que me separaba de la casa y comprobé con una rápida ojeada lo que un segundo atrás había previsto.

Cuando volví a casa, corriendo como enloquecido, ya un leve aura de claridad comenzaba a levantarse en una punta del quemadero. Encontré a mamá en camisón y a Ricardo haciéndose buches en el baño. Sin aliento les expliqué que esta casa no era la nuestra y que habíamos cometido una terrible equivocación. Sin agregar más fui al *living*, agarré el trinchante y olvidándome de mi agotamiento corrí con el trinchante cargado sobre mis espaldas a nuestra casa. En la mitad de la carrera la tapa se abrió y todo el juego de cubiertos se fue al suelo. Varios vecinos, que ya estaban levantados, se asomaron a las puertas para ver qué pasaba. Aterrorizado, les hice sonrisas, mientras arrodillado en la mitad de la calle iba metiendo otra vez los cubiertos dentro del mueble. En el horizonte del quemadero la claridad se iba haciendo más y más grande. Cuando volví, cinco minutos más tarde, mamá y Ricardo ya estaban sacando el aparador. Había que apurarse, les grité, empujando con todas mis fuerzas. Tenía miedo que la luz del día, la mañana fría y con un color como de huevo rancio, abortara una cosa, aunque no podía precisar de qué cosa se trataba ni tampoco podía explicar porque la luz del día, precisamente.

Dar es Salaam, 18/12/66

Jorge Silvio Honik
Caracas, 4683
Buenos Aires (Argentina)